

Núria, Pirineo y aparte

■ TEXTO Y FOTOGRAFÍA: Pako Sanchez Panades.

una
visión
muy
personal
de estas
montañas

Cuando muera llevarme a lo alto del Torreneules, y que polvo sea, y como tal el viento me transporte a todos los parajes de estas bellas montañas que tanto he querido. Entonces seré parte del viento, de la roca y de los prados. La lluvia me transportará al río, y del río al mar. Más tarde cabalgaré en una espesa nube, para volver a depositarme en la cumbre en forma de inmaculada nieve.

Octubre 1998: medianoche, tendido entre sábanas, tras un día cualquiera de arduo trabajo,... segundos, minutos, horas, los problemas de la vida cotidiana deshacen mis insistentes intentos de reconciliar el sueño. Los ojos condenadamente abiertos, observando lo invisible, la oscuridad, la nada. Me invade una inquietud melancólica, un puzzle de imágenes de los años transcurridos danzan en mi cabeza, visiones incoherentes de mis primeros años practicando el montañismo, de la época dorada en que todo se descubre, en la que cualquier subir por una loma nevada es una conquista y cada cumbre hollada, un descubrimiento. Era cuando todas las sensaciones estaban listas para ser estrenadas, esperando en el umbral, al otro lado de la puerta.

Septiembre 1987: fui escupido de la adolescencia, y casi sin querer, entré en la vertiginosa espiral de la juventud. Cortos años en que todo se pretende y no pocas cosas se alcanzan. Viviendo a golpes, esculpiendo tortuosamente la propia identidad. Allí estaba yo, tejiendo mis nuevos valores por las altas cumbres del vecino Pirineo. Mi vida era una peregrinación, un eterno ir, cada fin de semana, a las valles de Núria y Carançà.

Muchos son los excursionistas y escaladores que se han formado en estas cumbres. Todos han vivido un proceso similar; primero una incesante e incondicional entrega. Más tarde se pasa a un extenso conocimiento del terreno, y paulatinamente se empiezan a desgastar las expectativas que se tiene sobre el mismo. Y se acaba por condenar los repetidos horizontes y considerarlas como montañas del pasado, gastados protagonistas de una etapa ya consumida. Aquello que tanto nos satisfacía es desechado al fondo del baúl, las caducas vivencias quedan mezcladas entre tantos otros recuerdos.



Bon dia, Gra de Fajols ! (¡Buenos días, Gra de Fajols!)

RECUERDOS DE AQUELLOS PRINCIPIOS

Recuerdo, de manera especial, la ansiedad de la larga espera. Siempre deseando que llegase el próximo fin de semana. La rancia rutina que todo lo invadía durante las jornadas en la ciudad. El pesado transcurso de las horas teñía el mundo de gris y aletargaba el risueño "tic-tac" del reloj. La estancia en la escuela transcurría con una apatía enfermiza. Con suma cautela, escondía entre los libros un apreciado tesoro: el mapa de las salvadoras montañas. Devoraba vivamente cada parcela de aquel mágico dibujo de curvas de desnivel y cordales que ya conocía de memoria.

Ajeno al profesional recitar del profesor, observaba las paredes de las aulas, las sillas, la escasa decoración, los compañeros, todo era cansino, quebradizo y astioso. Solía mirar más allá, a través de la ventana. Al otro lado se dibujaba un provocador cielo de un azul radiante, salpicado de inmensas nubes blancas, ¿vienen del Pirineo, o van hacia él? Allí el cielo aún es más azul y también vosotras flotáis más alegres.

Enero 1988: cinco jóvenes novatos bajamos de los caldeados vagones del tren cremallera para ser recibidos por la gélida oscuridad de una noche impenetrable. La ventisca y la nieve azotaban las blandas carnes de nuestras mejillas. La determinación estaba tomada, era tarde, había tormenta y mucha nieve había caído en los días anteriores, pero nadie dudó ni



un instante de que subiríamos al refugio de Coma de Vaca, a apenas tres horas de camino en pleno verano. La inexperiencia nos sorprendió horas más tarde en medio de la absurda zanja que nuestros cansados cuerpos trazaban en la gruesa capa de nieve, entre fantasmagóricos pinos que ululaban macabramente con el viento. Hacía rato que habíamos perdido la esperanza de seguir el invisible sendero, inconscientemente ganábamos altura, y pronto sobrepasamos la protectora línea de vegetación que formaban los pinos, para hallarnos desamparados en las empinadas pendientes de la vertiente NO del Balandrau.

Cuando la noche tocaba a su fin, la cruda realidad se cernió sobre cinco marionetas que bajaban de las alturas sin haberlas alcanzado. Tan solo anhelábamos un trozo de prado, desnudo de nieve, para poder dormir. Con las primeras luces de la mañana nos apresuramos dentro de los sacos, improvisando un breve vivac en la primera explanada que se nos antojó adecuada. Los copos de nieve seguían su incesante baile hacia el suelo. La lección había sido exigente, pero no importaba, la vitalidad de la juventud todo lo abrasa, no en vano era sábado por la mañana, ¡teníamos todo el fin de semana por delante!

Noviembre 1988: noté la cercanía de la línea donde empieza la nieve a cubrir la pendiente y me esforcé en acelerar mis pasos. Al poco rato el enloquecido bombeo del corazón me venció y opté por una merecida pausa en el camino.

El azul del cielo era tan intenso, que hería al ser mirado. Me cautivaba la blanca cresta de Tirapits; ¿... cresta?, cuantas veces me he esforzado en volver a descubrir dentados gendarmes en este risueño cordal; sin embargo, aquella tarde de otoño la imaginación me hizo cabalgar por las escarpadas piedras que herían el infinito, y yo lo observaba, con una escrupulosa mirada, con los ojos del montañero aprendiz, que todo lo deforman. Los ojos que convierten al excursionista en Quijote y los cordales en molinos.

Junio 1990: y aquí, en estas dulces montañas, di mis primeros pasos en aquello que llaman "alpinismo", a pesar de que, personalmente, prefiero utilizar la palabra "pirineismo" cuando me refiero a mi modesto danzar por las verticales que nos brindan estas montañas.

L'Agulla Blanca, el Pic Rodó, Racons, la norte del Pic de l'Infern, los Fajols... mis primeros escenarios. Después de cada representación, la alegre sonrisa no me cabía entre las orejas, y con la cara desfigurada con tan tonta expresión, saludaba a todo aquel que se cruzase por el camino: excursionistas, pájaros, caballos, árboles y pedruscos. Las riquezas del pasado, que son el pilar del presente y la fuerza del futuro.

Agosto 1993: cresteando desde la Torre d'en Xillén llegué al "Pas de Violoncel", único obstáculo digno de mencionar del cordal que por el oeste comunica los Pics de la Conca con el Pic del Boc. Los asideros para las manos y los pies me parecieron excesivamente buenos y pronto salí del pequeño muro. Una vez arriba me asaltó el recuerdo del pasado, cuando escalé por primera vez este diedro. Corría un mes de febrero y la escalada del "Violoncel" fue digna de todo el protocolo: rostros con muecas de preocupación, deliberación sobre los pasos a seguir, arneses, cuerdas, tascones y una cierta discusión por ser el primero de la cordada.

Y ¿ahora qué? me pregunté.

La gesta del pasado no pudo sedar el gran vacío que me desamparaba. Me sentía nervioso y culpable por haber optado por caminar en vez de escalar, la hormigueante sensación de haber perdido el día me pesaba como una losa. Por primera vez era totalmente consciente de que la pasión por la escalada me había desterrado de la savia calma del excursionismo.

Neus, la compañera con la que comparto el arte de vivir, apareció tras un recodo de la cresta, siguiendo el seccionado camino que conduce al pequeño muro del Violoncel. Observé sus movimientos y me pregunté si sería preferible esperarla para guiarla en el tramo de escalada. "Bien, con la mala suerte que tengo hoy, me pedirá que le asegure con la cuerda"



Marc Alooraz durante la primera ascensión de la vía "El Clan dels Mc Fajols", en el Gra de Fajol Petit.

me dije a mi mismo. Pensé en la cuerda que tan diestramente estaba plegada dentro de la mochila y rápidamente me apresuré hacia la cercana cumbre.

Marzo 1995: una a una veía transcurrir las rallas discontinuas del centro de la carretera. Aparecían en el campo de visión de las luces y desaparecían engullidas tras el margen derecho el coche. Los kilómetros de carretera se me antojaban tan interminables como el camino de descenso desde el Pic de l'Infern que pocas horas antes realizamos. Mi compañero y yo estamos absortos por un creciente cansancio que nos aturdiría e imponía un macizo silencio entre nosotros. ¿Para qué hablar? no en vano aún estábamos digiriendo el esfuerzo, las imágenes y los momentos de una aprovechada jornada que tuvo su inicio a las cuatro de la madrugada, hora en que sonó el aborrecible despertador. Salimos entonces de la gran urbe con la intención de escalar la siempre lejana pared norte del Pic de l'Infern, la cual, a pesar de sus pequeñas dimensiones (250 a 300 m) se esconde tras tres distantes collados. Las buenas condiciones de la nieve y el hielo, junto con la sobredosis de motivación, nos dio alas, y logra-

en estas dulces montañas, di mis primeros pasos en aquello que llaman "alpinismo", a pesar de que, personalmente, prefiero utilizar la palabra "pirineismo" cuando me refiero a mi modesto danzar por las verticales que nos brindan estas montañas.

mos encadenar cinco itinerarios, tres de ellos en sentido ascendiente y los dos restantes en sentido descendiente. Escalando sin prisa pero sin pausa, renunciando de las cuerdas en todos los lugares en que las creímos prescindibles. Que gran jornada la de hoy.

Enero 1996: entre juguetones remolinos de nieve alcancé la coqueta cumbre del Gra de Fajol Petit. Una vez más le había escrito un breve poema de amor a "mi pequeña cumbre", escalando una de las múltiples vías que me ha regalado esta entrañable montaña. 1996 fue un año excepcional en cantidad y en calidad de nevadas, y el hielo se solidificó en lugares insólitos. ¡Qué afortunado me sentía! Durante dulces instantes me identifiqué con el armonioso descenso de los abundantes copos de nieve. Silenciosos, millones de diminutos ángeles blancos se posaban sobre nuestras húmedas ropas. Tengo la sana sensación de poder estar horas observándolos, sin más; tras ellos se extiende un cielo gris y opaco que parece haber anulado las distancias.

Marzo 1998: rizar el rizo. Esta fue la honda sensación que me embargaba tras una nueva apertura en la pared norte del Gra de Fajol Petit: durante un buen rato habíamos navegado por tramos mixtos de abundante roca y nieve granulada e inconsistente. Era casi de noche cuando alcanzamos la tan familiar arista somital. Nos estrechamos las manos y observamos las enormes extensiones de la alta montaña de Núria. En la cúpula celeste colgaba la luna llena, ¡... Qué sola está...! pensé. Sus metálicos reflejos vestían de plata todas las cumbres que la vista alcanzaba.

Vámonos de aquí –apresuré a mi compañero– este lugar es demasiado triste.

Era un martes y no vimos a nadie en toda la jornada. En la lejanía se oía el agonizante ladrido de un perro, –me estremeció pensar que dos días antes, en las pendientes del Balandrau, divisamos un perro que parecía perdido entre espolones de piedra, quizás aún permanecía en el mismo lugar, aguantando las gélidas y eternas noches-. Mis actos se teñían de despedida. Ya había subido a la cima por casi veinte lugares diferentes y creí haber exprimido el limón hasta lamer la pulpa. Con una enorme gratitud empecé el conocidísimo descenso. Tras él, sumo una página más en mi pasar por las montañas.

Octubre 1998: las agujas del reloj se han movido insensibles a mi desesperante escribir. Tan solo de aquí a unas escasas horas, el maquiavélico despertador cumplirá su función. Confío en que el sueño me encuentre antes. Prometo que mañana, después de cenar, no tomaré café. ▲